

LIBRO CUARENTA Y DOS.

Tarragona.

Continuacion de los sucesos de la Península.—Regreso de José á Madrid, y condiciones con las cuales regresa.—Estado de España, fatiga de los ánimos y posibilidad de someterlos, concediendo á José algunos socorros pecuniarios y enviándole nuevas fuerzas.—Situacion crítica de Badajoz despues de la batalla de la Albuera.—Prisa del mariscal Marmont, sucesor de Massena, en correr al socorro de esta plaza.—Marcha de este mariscal, su union al mariscal Soult y salvacion de Badajoz despues de una vigorosa resistencia por parte de la guarnicion.—Reunion de estos dos mariscales, seguida de su separacion casi inmediata.—Se dirige el mariscal Soult á reprimir á las bandas *insurgentes* de Andalucía y el mariscal Marmont viene á establecerse junto al Tajo, de manera de acudir en socorro de Ciudad-Rodrigo ó Badajoz segun las circunstancias.—Despues de fracasar lord Wellington en su empresa delante de Badajoz, se ve obligado por las enfermedades á tomar cuarteles de verano, si bien se dispone á atacar á Badajoz ó á Ciudad-Rodrigo al primer falso movimiento de los ejércitos franceses.—Operaciones en Aragon y Cataluña.—Encargado el general Suchet del mando de la baja Cataluña y de parte de las fuerzas de esta provincia, se traslada delante de Tarragona.—Memorable sitio y toma de esta importante plaza.—Es elevado el general Suchet á mariscal.—Recuperacion de Figueras ocupada un momento por los españoles.—Habiendo hecho lord Wellington sus aprestos para sitiar á Ciudad-Rodrigo y aproximándose á esta plaza, abandona el mariscal Marmont las orillas del Tajo en setiembre y reunido al general Dorsenne, que habia reemplazado al mariscal Bessieres

en Castilla, marcha sobre Ciudad-Rodrigo y consigue avituallarla de nuevo.—Estremado peligro del ejército inglés.—Mas unidos los dos caudillos franceses le hubieran hecho sufrir una gran derrota.—Pacífico fin del verano en España y resolucion tomada por Napoleon de señorear á Valencia antes del invierno.—Partida del mariscal Suchet el 15 de setiembre y su marcha por medio del reino de Valencia.—Resistencia de Murviedro y vanos esfuerzos para tomar esta fortaleza por asalto.—Queriendo el general Blake salvar á Murviedro, llega á presentar batalla á los franceses.—Victoria de Murviedro ganada el 25 de octubre de 1811.—Rendicion de Murviedro.—Aunque victorioso el mariscal Suchet, no tiene fuerzas suficientes para tomar á Valencia y pide refuerzos.—Napoleon hace convergir hácia él todas las tropas disponibles en España á las órdenes de los generales Caffarelli, Reille y Montbrun.—Embustida y toma de Valencia el 9 de enero de 1812 con el socorro de dos divisiones llevadas por el general Reille.—Inutilidad del movimiento prescripto al general Montbrun y correria de éste hasta Alicante.—Aprovechándose lord Wellington de la concentracion en torno de Valencia de todas las fuerzas disponibles de los franceses, se apresura á embestir á Ciudad-Rodrigo.—Toma esta plaza el 19 de enero de 1812 antes de que el mariscal Marmont haya podido socorrerla.—Injustos cargos dirigidos al mariscal Marmont.—A la sazón Napoleon, en vez de enviar nuevas tropas á España, retira de allí su guardia, los polacos, la mitad de los dragones y cierto número de cuartos batallones.—Dispone que el mariscal Marmont se traslade del Tajo al Duero, encargándole exclusivamente defender el Norte de la Peninsula contra los ingleses.—Aprovechándose lord Wellington de estas circunstancias, corre á Badajoz y toma esta plaza por asalto el 7 de abril de 1812, á pesar de una conducta heroica por parte de la guarnicion.—Con Ciudad-Rodrigo y Badajoz caen los dos baluartes de la frontera de España contra los ingleses.—Preparándose Napoleon á partir para Rusia, nombra al cabo á José general en jefe de todos los ejércitos de la Peninsula, dejándole fuerzas insuficientes y dispersas.—Resumen de los sucesos de España durante los años de 1810 y 1811, y los primeros meses de 1812.

Esta es la ocasion de exponer lo acaecido en España, despues de la batalla indecisa de Fuentes de Oñoro y de la batalla perdida de la Albuera, dada una y otra en mayo de 1811. El ejército de Portugal, á quien se habia quitado el único gefe capaz de guiarle, el ilustre Massena, se hallaba

desparramado en un estado de miseria, de descontento y de desorganizacion difícil de describir al rededor de Salamanca. Como administrador solícito é inteligente se habia aplicado el mariscal Marmont desde su llegada á dedicarle todo su esmero; mas la evacuacion de Portugal, la imposibilidad aparente de expulsar á los ingleses de la Peninsula, aumentaba la confianza y la osadía de los *insurgentes*, hacian mas indóciles á las provincias del Norte, y agravaban asi las escaseces de nuestras tropas no ménos que las de los habitantes. Un accidente reciente acababa por desgracia de dar bulto á semejante estado de cosas.

Con fecha 25 de mayo, el célebre Mina, sucesor de su sobrino que estaba encerrado en Vincennes, habiendo conseguido formar una banda de tres mil hombres, que tenia el arte de trasladar alternativamente de Navarra á las provincias Vascongadas y de las provincias Vascongadas á Navarra, asaltó un convoy compuesto de unos mil prisioneros españoles y de unos cien carros de trigo franceses. Este convoy regresaba á Francia bajo la custodia de cuatrocientos fusileros de la Joven Guardia, y de ciento cincuenta hombres, entre sargentos y soldados, que formaban los cuadros del 28.º de ligeros y del 65.º de línea. Ya el coronel Dentzel, gefe de la escolta, habia representado al general Caffarelli sobre lo insuficiente de ella; pero éste no hizo caso de sus observaciones, y el convoy partió de Vitoria con direccion á Bayona. Mina, siempre exactamente informado, se habia escondido en los bosques, á derecha é izquierda del camino de Tolosa, y cuando la columna de prisioneros y de heridos, ocupando mas de una le-

gua, habia trepado la montaña que se alza á la salida de Vitoria, y estaba empeñada en el desfiladero de Salinas, cayó sobre ella como un buitre, empleóse primero en soltar á los prisioneros españoles, y despues con su ayuda, en pasar á cuchillo á nuestros heridos y prisioneros. Dividida en tres pelotones la escolta, uno á la cabeza, otro en el centro y otro á la cola, y asaltada á la vez por el enemigo y los prisioneros, hizo esfuerzos heroicos sin poder retener sus prisioneros ni salvar los heridos. A mas de ciento cincuenta hombres de la escolta costó la vida este fatal encuentro, y muchos de nuestros heridos infelices la acabaron en el camino á manos de un feroz contrario. Si algo pudo consolarnos de esta horrible escena, fué que los prisioneros españoles, colocados entre el fuego de nuestros soldados y el de Mina, expiaron en no corto número la crueldad de su salvaje libertador.

Al ruido de la fusileria acudió el general Caffarelli con refuerzos para acometer á su vez á Mina, pero halló que los prisioneros españoles estaban libres, nuestros heridos y enfermos degollados y Mina en fuga. En lugar de acusarse á si propio, y á nadie mas, acusó á aquellos valientes, que acababan de sostener una lucha desesperada, y que, á prestarle crédito, no habian adquirido buenos informes. ¡Y sin embargo el general Caffarelli era un hombre de bien, digno de su ilustre hermano! Mas esto ofrecia un ejemplo mas entre mil del estado de lastimosa confusion á que todo habia llegado en España.

En Madrid, la ausencia del rey, á quien ya no se esperaba ver nunca, la miseria de los empleados, la carestía de las subsistencias arrebatadas á las

mismas puertas de la capital por las guerrillas, la fatiga, la desnudez, la diseminacion del ejército del centro, consumiéndose en correr de Guadalupe á Talavera, de Segovia á Toledo, sin lograr proteger las comunicaciones, llevaban el desaliento y la desesperacion hasta el corazon del reino.

No presentaban mejor semblante los negocios en Extremadura y Andalucía. Despues de la batalla de la Albuera, dada para salvar á Badajoz, se habia retirado el mariscal Soult á Llerena, y establecido sobre la pendiente de las montañas que separan á Andalucía de Extremadura. Desde estas alturas imponia á los ingleses con su presencia, daba á los infelices sitiados todo el apoyo moral que estaba á su alcance, y pedia con instancia y con fundamento que se acudiera en su socorro. Aun cuando no hubiera prestado oidos á la voz de Massena el año precedente, convenia que á la sazón se escuchara la suya y se le ayudara siquiera por la guarnicion bizarra que defendia á Badajoz, y que, rodeada de murallas derruidas por el fuego del enemigo, habia precipitado muchas veces á los ingleses al pie de las brechas por donde se lanzaban al asalto. Si no llegaba el socorro pedido, si, olvidado de sus agravios, no bajaba el ejército de Portugal prontamente sobre el Guadiana, á pesar de las dificultades que oponia el calor á la marcha de las tropas, Badajoz iba á sucumbir y el poderoso ejército de Andalucía, partido de Madrid el año anterior en número de ochenta mil hombres y ya muy mermado, iba á ver cómo se le arrebatava el trofeo que habia obtenido por única recompensa de su sufrimiento y bizarria.

Aun que menos peligrosa, era harto triste la si-

tuacion de Andalucía. El sitio de Cádiz, que hubiera debido ser la única ocupacion del ejército invasor de aquel territorio, mientras el sitio de Badajoz, imaginado por el mariscal Soult para dispensarse de ir á Portugal, no habia hecho mas que dividir sus fuerzas y crearlas inútiles peligros, no avanzaba poco ni mucho. Reducido el mariscal Victor de tres á dos divisiones, solo tenia doce mil hombres que presentar en batalla y apenas podia guardar sus líneas, lejos de hacer el menor progreso. Delante de la isla de Leon perseveraba con la escuadrilla que habia creado y los morteros de grueso calibre que habia fundido, sin marineros para tripular la una, ni municiones para hacer uso de los otros. Humillado y descontento del papel á que le habia destinado el mariscal Soult, pedia ser relevado inmediatamente por único premio de sus servicios en España. No eran menos incómodos los *insurgentes* de Ronda para el general Sebastiani, siempre ocupado en mantenerse en Granada contra los ingleses por una parte y contra las tropas de Murcia y Valencia por otra. Este general, administrador moderado y prudente, era denunciado por el mariscal Soult como inhábil para gobernar la provincia de Granada, aun rigiéndola mejor que el mariscal la Andalucía, y solicitaba que se le relevase con instancias no menos vivas que las del duque de Bellune.

Solo una provincia, como ya hemos dicho, solo un ejército se hallaban en estado satisfactorio, y eran la provincia y el ejército de Aragon bajo el mando del general Suchet. Hábil era y no menos afortunado, pues existencias hay en que cierta prudencia parece atraer cierta ventura. Bueno es re-

cordar que había tomado sucesivamente á Lérida, Mequinenza, Tortosa, y hecho reinar el orden y la buena administracion en su provincia, que, por otra especie de buena fortuna no era cruzada por los ejércitos franceses, á quienes no servia de camino, ni estaba amenazada por los ingleses, de quienes no era blanco, de modo que blasonaba casi de feliz en medio de las horrorosas convulsiones de España y casi amaba á su vencedor en medio de los odios desencadenados contra los franceses.

Donde el general Suchet encontraba serias dificultades era en las fronteras del pais puesto á su cargo. Sin cesar se veia asaltado por las guerrillas en el limite de los territorios de Valencia, de Guadalajara, de Soria, de Navarra, de Cataluña. Villacampa cerca de Calatayud, el Empecinado hacia Guadalajara, Mina en Navarra, y los migueletes en la frontera de Cataluña, no consentian dia de reposo á sus tropas. Pero este afortunado general mandaba á lugartenientes y soldados dignos de él y no tenia escaramuza con las guerrillas que no le proporcionara un pequeño triunfo.

Al revés en Cataluña, se hallaba en combustion todo: apoyados y excitados los migueletes por el ejército español de Cataluña, que tenia su base en Tarragona, desolaban esta provincia. No habia desfiladero, donde no aguardaran á los convoyes para atacar á las escoltas harto débiles, arrancarles los prisioneros, pasar á cuchillo entre sus brazos á los enfermos y los heridos, y arrebatárles los víveres que tenian encargo de introducir en las plazas, y especialmente en Barcelona. Mientras los migueletes hacian los caminos del interior impracticables, las escuadrillas inglesas hacian no menos peligrosos

los que se extendian á lo largo de la costa. Con trabajo se sustentaba Barcelona, donde era preciso mantener á la guarnicion y á los habitantes, sin embargo de que un ejército entero, el del mariscal Macdonald, se hallaba exclusivamente dedicado á abastecerla y de que se aventuraran muchas expediciones maritimas para proveerla por mar de víveres y municiones. Generalmente entraba allí poco mas ó menos la sexta parte de lo que se le destinaba. El general Maurice Mathieu, que era su gobernador, desplegaba tanta inteligencia como energía para sostenerse en situacion tan azarosa, y para intimidar á los habitantes sin desesperarlos. Recientemente acababa de hallarse en un gran peligro, del cual escapó con harta fortuna. Se descubrió que en el seno de la ciudad se urdia una trama por los enemigos de dentro para entregarla á los enemigos de fuera. Informado el general oportunamente, fingió no estarlo, dejó á los conjurados avanzar sin infundirles recelo alguno, y sacudiendo despues este sueño simulado, hizo en los asaltadores de fuera una verdadera carniceria y en los conjurados de dentro una justicia severa. Este acto vigoroso, unido á una administracion íntegra y firme, hacia que inspirara temor y respeto; pero escribia que era imposible mantener aun por largo tiempo una poblacion tan numerosa en semejantes estrecheces.

Hallando el ejército catalan en Tarragona una sólida base, víveres, municiones, socorros de toda especie suministrados por la marina inglesa, y en caso de necesidad refugio seguro, osaba á veces trasladarse desde las orillas del mar, donde se halla situada Tarragona, hasta la falda de los Pirineos, y con gran asombro de todo el mundo, llegaba á in-

troducir socorros en el importante castillo de Figueras, que nos habia arrebatado una traicion, segun se ha explicado. Aprovechando el momento en que los franceses, á las órdenes del general Baraguey de Hilliers, no habian tenido aun tiempo de llevar bastante tropa delante de la fortaleza, para empezar el sitio, Campoverde rompió por medio de nuestra débil linea de bloqueo, é introdujo socorros de viveres y hombres en el castillo con grande aplause de toda Cataluña.

Ya hemos dicho cuál era en medio de todas estas miserias la situacion de nuestros oficiales y nuestras tropas, padeciendo males mayores que los que causaban á sus enemigos, á veces impulsados á lamentables excesos en vista de las crueldades cometidas contra sus camaradas, pero siempre los menos inhumanos de todas las gentes de guerra de todas las naciones que atacaban ó defendian á la Península. Cuando los soldados se podian proporcionar algunos granos y algun ganado en aquellos campos que habian quedado incultos ó despoblados, cuando se habilitaban algun calzado con la piel de los animales de que se habian mantenido, ya estaban satisfechos. Al revés los oficiales, habituados y obligados á vivir de otra manera, para sostener el decoro de su categoría, soportaban crueles sufrimientos de cuerpo y de alma. Faltos de paga, no tenian botas para sus pies. Concediendo Napoleon para los sueldos cuatro millones mensuales, esto es, cuarenta y ocho millones de francos al año, y dejando al pais el cuidado de suministrar pan, carne, arroz, creia haber hecho lo suficiente. Pero solamente los sueldos hubieran exigido ciento sesenta y cinco millones para 1810 y 1811, es decir, mas de ochenta mi-

llones al año en vez de cuarenta y ocho; de las sumas debidas habia enviado veinte y nueve millones en 1810, cuarenta y ocho en 1811, ó, lo que es lo mismo, sesenta y siete millones en vez de ciento sesenta y cinco. Lo demas, que sumaba ochenta y ocho millones, ó habia quedado sin pagar, ó se habia sacado del pais por medio de los gobiernos militares: de los sesenta y siete millones remitidos por Napoleon, parte habian sido saqueados en el camino, parte dedicados á compras urgentes ó á reparos indispensables de artillería, y parte habia quedado tambien en ciertos depósitos. Casi nada habia recibido el ejército de Andalucía: sin embargo se hallaba en un pais rico, y si el mariscal Soult hubiera administrado como el general Suchet, no hubiera carecido de nada. Relativamente al ejército de Portugal, condenado á hacer la guerra en los pedregosos campos de aquel pais ó de Salamanca, se hallaba privado de las cosas mas necesarias para la vida. Lástima daba ver á los oficiales, y sufrían casi sin esperanza de resarcimiento, pues por un lado el emperador estaba lejos, y por otro no tenían para con él otros títulos que reveses, á pesar de haberse portado de manera propia á obtener las mas señaladas victorias. Véase, despues de las esperanzas concebidas en 1810, despues de dos años de nuevas lides, despues de doscientos mil hombres de refuerzo enviados al celebrarse la paz de Viena, despues de comprometidos tantos ilustres renombres, los de Masséna, de Ney, de Jourdan, de Angereau, de Soult, de Victor, de Saint-Cyr, véase el estado en que se hallaba la conquista de España.

¿Era acaso invencible esta funesta comarca, segun el mérito que le atribuye una tradicion anti-

gua, según se complace en suponerlo en su legítimo orgullo, según la opinión divulgada por todas partes desde la gran invasión tentada por Napoleón? No lo creían así jueces excelentes como Saint-Cyr, Jourdan y el mismo José, teniendo horror á la guerra de España y habiéndola visto de cerca; antes bien juzgaban que se hubiera podido triunfar con medios más completos, con más paciencia y más perseverancia: sin duda se hacía mucho, más de lo que se hubiera necesitado para un objeto que no fuera el principal de la política imperial, pero en todas partes quedaban sin efecto los grandes medios empleados por falta del complemento indispensable. El ejército de Portugal por falta de cuarenta mil hombres de refuerzo y de algunos millones para equiparse y mantenerse, el ejército de Andalucía por falta de veinte y cinco mil hombres, de marineros, de municiones y de una escuadra que se hallaba en Tolon ociosa, la corte de Madrid por falta de algunos millones para pagar á sus empleados y á los españoles adheridos á su servicio, los ejércitos del Norte por falta de unos veinte mil hombres y de algunos millones para crearse almacenes, conseguían llegar á la impotencia y la desventura. En suma cerca de cuatrocientos mil hombres venían á ser inútiles por falta de otros cien mil y de cien millones. En todas las cosas los mayores sacrificios resultan estériles sin el último que debe completarlos. Seguramente era cruel imponerse tales sacrificios para España, ¿mas por qué haberse allí comprometido? ¿No valía más proporcionarle otros cien mil hombres que preparar quinientos mil para Rusia?

Sin duda para que los cien mil hombres que se

trataba de añadir ahora fueran inútiles como los cuatrocientos mil ya enviados, no era razón que se hicieran más sacrificios, pero se notaban con facilidad en varias provincias síntomas de un cansancio de que se debiera sacar provecho. Violento, unánime y legítimo había sido el sentimiento que sublevó á la España toda: sin embargo después de cuatro años de guerra, á la vista de tanta sangre y de tantas ruinas ¿no era posible que se preguntara la nación por qué y por quién sufría tantos males? Efectivamente, apenas renaciera en alguna parte un poco de calma y dejara lugar á la reflexión como en Zaragoza, por ejemplo, en Madrid, en Sevilla y en algunas otras grandes ciudades, se convendría en que los príncipes por quienes se lidiaba eran muy poco dignos de la adhesión que se les tenía y en que en esta ilustre y augusta familia de los Borbones la rama de España era la verdaderamente degenerada, la que merecía ser entregada al hierro destructor del tiempo, porque el principal descendiente de Felipe V, el honrado é inepto Carlos IV vivía en Marsella entre el príncipe de la Paz y su muger María Luisa, tan esclavo de ambos como cuando ocupaba el trono; su primogénito, preso en Valenzey demandaba todos los días al conquistador, que le había destronado, la concesión de la mano de una princesa de la familia de los Bonapartes, y de miedo de que le comprometieran los que intentaban libertarle, les denunciaba á la policía imperial; y finalmente entre todos, ni un solo vástago varón ó hembra, pensaba en alargar la mano á la heroica nación cuya sangre corría abundantemente por la causa de ellos. Las cortes de Cádiz, después de proclamar algunos principios irrefutables, si bien

harto precoces para España, habían venido á parar á cierta especie de anarquía; vivían dentro de Cádiz en la miseria, la discordia y las eternas disputas con los ingleses. Todas estas cosas las sabía España y las avaloraba tan luego como el cañón se alejaba un poco de sus oídos. En contraposición, José era á los ojos de cuantos podían acercársele un príncipe afable, ilustrado, representante moderado de la revolución francesa, que prometía y hacia esperar un gobierno prudentemente reformador. Era un príncipe nuevo, usurpador si se quiere, impuesto por otro usurpador, pero ¿no era tradición histórica en España que el país fuera regenerado por dinastías extranjeras? ¿No había llegado Felipe V á rejuvenecer la España, reemplazando á los degenerados descendientes de Carlos V? Y el mismo Carlos V, aunque legítimo sucesor de la corona ¿no había sido un príncipe extranjero, portador de la brillante civilización de Flandes á España, donde de Fernando é Isabel no quedaba mas que Juana la Loca? ¿No se podían concebir de José esperanzas semejantes? En Madrid, donde se le veía de cerca, se había acabado por estimarle y por aplacarse respecto de él algun tanto. En Aragon, donde el general Suchet estaba por representante del nuevo gobierno, se adquiría la costumbre de pensar bien del mismo y de decir que, á no ser por la guerra, valia mas que el de la Inquisición, del príncipe de la Paz y María Luisa. Solamente la guerra inacabable, la miseria, los incendios, los saqueos, la idea generalmente divulgada de que si Napoleon no tomaba la España toda, tomaría, al menos las provincias del Ebro, sublevaban á los españoles mas templados. Pero fácil era des-

cubrir en Madrid y en torno de este centro que, si José hubiera podido pagar á sus empleados, asalariar su ejército, mantenerle de sus propios almacenes y no á costa del país, sostener el orden y la disciplina como en Aragon, alcanzar de Napoleon y de los generales los respetos debidos á todo soberano é indispensables en una nacion tan altiva como la española, si mas que todo se hubiera podido desvanecer el temor de ver segregarse de la España las provincias del Ebro, se hubiera llegado á conseguir un principio de sumision. Este sentimiento producido en la capital, donde se manifestaba siempre que iban menos mal las cosas, se hubiera comunicado á las grandes ciudades, donde ya se insinuaba de vez en cuando, y es digno de nota que los soldados españoles, que al principio desertaban inmediatamente si se les alistaba al servicio de José, empezaban, fuese por cansancio ó por rivalidad con los guerrilleros, á mostrarse fieles con tal de que se cuidara de pagarlos. José contaba cuatro ó cinco mil que servían bien y perseveraban en las filas mediante la puntualidad de la paga. Evidentemente con dinero se hubieran podido reunir veinte ó treinta mil y cuantos se hubieran querido, y hubieran llegado á ser excelentes tropas en la escuela de los franceses. Hasta los guerrilleros, verdaderos bandidos, que no deseaban mas que pillage, se dejaban atraer poco á poco con el cebo del salario. Amnistiados habían sido cierto número de ellos en la Mancha, al rededor de Toledo y hácia Guadálajara, y se habían sometido y hasta ingresado en el servicio del nuevo monarca.

Sin duda estos síntomas favorables no se nota-

ban cerca de los focos de insurreccion, donde las pasiones eran vivas y persistentes, donde los ingleses excitaban y sostenian los sentimientos hostiles á Francia, donde se mantenian en todo su fervor las esperanzas de triunfo, donde era lucrativo el pillage; pero en los demas puntos acontecia de muy distinto modo, y aunque la situacion de los franceses en la Península era dificil por extremo, es la verdad que el cansancio, muy grande en las clases acomodadas, inmenso entre los que vivian de sus manos, la carencia de un objeto razonable, pues no lo era la restauracion de los Borbones de Marsella ó de Valenzey, iban á decidir sobre la sumision de los españoles, si se tentaba un nuevo y último esfuerzo, si ante todo se expulsaba á los ingleses, si se dedicaban á este fin esencial las fuerzas necesarias, si se tomaban Lisboa y Cádiz, que podian ser tomadas, si se pugnaba por reprimir á los guerrilleros sin imitar sus destrozos, si á las fuerzas existentes se agregaban las que se requerian para estos distintos objetos, si se hacian por cuenta propia los gastos de su sostenimiento, si se ahorran de esta suerte al pais las principales miserias de la guerra, por último si se añadia á estos medios una direccion superior, imposible desde lejos, lo cual equivale á decir que si se hubieran destinado á España, no la mitad sino casi todos los recursos del imperio, y viniera el emperador en persona, casi es cierto que se alcanzara el triunfo. Solo con parte de lo que se preparaba á fin de penetrar en Rusia hubiera bastado para zanjar victoriosamente la cuestion que se habia suscitado al invadir la España. ¡Y cabalmente á esto no queria el emperador decidirse!—España, es-

cribia á José, me devoraria si no me fuera muy á la mano. — ¡Frase de inconsecuencia deplorable y que pronto habia de producir funestas resultas! Ya lo hemos dicho, puesto que Napoleon habia cometido el error de trasladar la cuestion europea á España, menester era resolverla donde la habia planteado y no buscar la resolucion en otra parte. Ya que, favoreciéndole aun la fortuna en sus errores, como si quisiera consentirle espacio para enmendarlos, le llevaba los ingleses al continente, los ingleses á quienes no podia dar caza en los mares, á toda costa convenia vencerlos en el elemento donde dominábamos, pues, vencidos ellos, se rindiera tambien el mundo. Pero tenerlos á alcance de nuestros ejércitos y no batirlos, y antes bien dejarse batir por ellos, equivalia á renunciar voluntariamente al prestigio de nuestra invencibilidad en tierra, é inspirar al continente el pensamiento de vencernos, resucitando la esperanza de conseguirlo. Expulsar por un grande esfuerzo militar á los ingleses, sojuzgar á los españoles á fuerza de perseverancia y dulzura, era la doble tarea impuesta desde el atentado de Bayona, y cuya consumacion hubiera producido el fin, no solo de los asuntos de España, sino de los asuntos europeos (á lo menos en lo que hay finito para las dominaciones exorbitantes); y desviarse de esta tarea obligada, por disgusto de las dificultades, por disgusto especialmente de las lentitudes de esta guerra para ir á buscar á otros lugares una solucion de las mas aventuradas, solo con la mitad de las fuerzas, dejando la otra mitad en España sin hacer cosa de provecho, es una falta que por donde quiera se echa de ver en esta historia, y que no se puede prescindir de señalar de continuo, porque

persigue al espíritu con la tenacidad y la amargura de un remordimiento horroroso.

Quando arrastrado á la desesperacion abandonó José á Madrid para ir á solicitar de Napoleon otra direccion para los negocios españoles ó permiso para retirarse á la vida privada, tanto en Madrid, como en Valladolid, Burgos y Vitoria se le presentaron muchos hombres honrados y le hablaron de esta manera.—Ya veis lo que sufrimos y juzgad si con tal régimen se puede esperar atraernos. Somos saqueados, incendiados, asesinados á menudo por vuestros soldados y por los que se dicen nuestros; así nuestras haciendas y nuestras vidas están á merced de bandidos de todas las naciones. Nada esperamos del gobierno anárquico de Cadiz, del gobierno corrompido de Fernando, y nos resignariamos á recibirlo todo del vuestro. Pero privados quizá para siempre de nuestras colonias, estamos amenazados además de perder nuestras provincias del Ebro, y no se quiere hacer honrosa nuestra adhesion á vuestra persona. Se os desprecia, se os insulta públicamente al par que se trabaja por haceros nuestro monarca. ¿Cómo queréis que nos sometamos? Vuestros empleados, escarnecidos por los generales, casi muertos de hambre, se ven reducidos á alimentarse con la racion del soldado ¿cómo han de poder gozar de la consideracion mas pequeña? Vais á Paris, transmitid nuestras palabras al emperador. Vuestro viage se interpreta de dos maneras; por vuestros enemigos como la hora en que se va á descubrir el velo, en que España va á ser declarada provincia francesa, al modo que Lubeck, Hamburgo, Florencia y Roma; por vuestros amigos, todavía

escasos, como un recurso al genio superior de vuestro hermano para informarle de lo que ignora, quizá para traerle acá y para que se arregle todo con su presencia. Procurad que esta última suposicion se realice. Corred á Paris, hablad, haced oír la verdad, insistid en traer algunas nuevas fuerzas, venid con la autoridad para vos, y para nosotros con la declaracion tranquilizadora de la integridad de nuestro territorio, traed medios de disciplina, esto es, con que pagar á vuestras tropas y á las nuestras, y estad seguro de que si esto cuesta dinero á Francia, pronto España satisfará con usura cuanto se le anticipe. Propicia es la ocasion, porque á pesar, de vuestras aparentes derrotas, á pesar de los momentáneos triunfos de vuestros enemigos, la laxitud es general y se puede convertir de sumision en desesperacion, desesperacion que será terrible para quien la haya provocado.

Estas palabras, pronunciadas por bocas honradas y fidedignas fueron llevadas á Paris por José, que, yendo á Francia al bautizo del rey de Roma, pasó allí los meses de mayo, de junio y de julio. Por desgracia, aun teniendo razon José, no le faltaban debilidades, excusables sin duda, pero suficientes para quitarle á los ojos de Napoleon la autoridad de que hubiera necesitado. Segun ya lo hemos dicho era bueno, juicioso, honrado, pero indolente, amigo de los placeres, de gastos y de aduladores, (en lo cual no se diferencian los reyes modernos de los antiguos), persuadido hasta lo infinito de sus talentos militares y muy celoso de su autoridad. Cortos defectos eran estos sin duda, pero cuando llegó á decir que necesitaba dinero, mu-

cho mas aun que soldados franceses, por que con españoles bien pagados conquistaria á España y se haria adorar en ella; que, sin embargo, necesitaba tambien soldados franceses, sobre todo contra los ingleses; que le hacia tambien falta mas poder y con expecialidad el mando superior de los ejércitos, para refrenar los desmanes y obtener el respeto debido á su calidad de monarca; estas cosas verdaderas en mucha parte, pero sospechosas en boca suya, fueron tan mal acogidas que hubo necesidad de un mediador para impedir escenas lamentables entre los dos hermanos. Fué elegido con este fin el príncipe Berthier, como mayor general de los ejércitos de España, y por cierto que no se podia encontrar uno mas juicioso, mas discreto y mejor informado de todo. Por desgracia no tenia tanta influencia como razon y, si era incapaz de hacer traicion á la verdad, no era bastante atrevido para decirla por entero. Ademas Napoleon se hallaba exasperado á la sazón contra sus hermanos. Recientemente Luis habia arrojado á sus pies la corona de Holanda; Gerónimo, que habia recibido el Hanover como aditamento á la Westfalia, á condicion de soportar ciertas cargas, no habia satisfecho sus compromisos, y habia sido castigado con la segregacion de parte de Hanover; Murat, bueno aunque ligero y bullicioso, excitado por su viva y ambiciosa esposa, habia desagradado cruelmente, gastando de una manera enorme y desatendiendo su marina. Ademas se le acusaba de haber parlamentado bajo diferentes pretextos con los ingleses á lo largo de las costas de sus dominios. Napoleon irritóse hasta el punto de enviar instrucciones reservadas al general Grenier para que siempre tu-

viera en Nápoles fijos los ojos y se encaminara allí con el cuerpo de reserva que tenia bajo su mando. Por último ya se han visto los arrebatos inspirados á Napoleon por las semi-traiciones del cardenal Fesch. Llegaba pues el infeliz José inoportunamente para expresar en tales circunstancias verdades enojosas. Napoleon habia hecho que le dijeran que si queria abdicar á semejanza de Luis era muy dueño de efectuarlo; que todos sus hermanos podian dejar los tronos que les habia dado; que no le hacian falta alguna; que esta misma conducta por parte de ellos simplificaria muchos asuntos de Europa; que, sin embargo, hasta entonces eran, no solo reyes, sino generales bajo su mando, y que no creia que desertaran de su puesto sin darle aviso, sin que precediera autorizacion suya; que si José se presentaba en Bayona sin este preliminar indispensable, seria preso.—Tales eran las primeras explosiones del vivo enojo de Napoleon: pasado este instante, se habia venido á parar por mediacion del príncipe Berthier á explicaciones mas precisas y sosegadas. Ante todo dijo José que era menester que se respetara en su persona al hermano del emperador y al rey de España; que no se permitiera á los generales tratarle como le trataban con el último desprecio; que ademas estaban divididos entre sí y sacrificaban á sus rivalidades la sangre de sus soldados; que si se queria restituirle la dignidad correspondiente, establecer unidad en las operaciones militares, impedir los desmanes y los saqueos, forzoso era investirle con el mando superior, bien que le nombraran por gefe de estado mayor un mariscal de confianza y le remitieran de Paris las órdenes á las cuales se atendria escri-

pulosamente; que convenia no dejar en las provincias mas que lugartenientes hábiles y probos, como en el ejército francés los habia, y á menudo muy superiores á los mariscales que les tenían bajo su mando; que no era menos urgente, si se queria atajar la exasperacion de los españoles, renunciar al sistema devastador de alimentar la guerra con la guerra; que en vez de pretender sacar dinero de España, se debia empezar por enviarlo, pues mas adelante se reembolsaria abundantemente lo que se anticipara; que si se le otorgaba un subsidio de tres á cuatro millones de francos mensuales, tendria funcionarios bien retribuidos y leales, un ejército español muy adicto y mas idóneo que los franceses para la represion de las partidas; que, hasta tendria á su servicio á parte de estas bandas que se pasarian á sus banderas, estando seguras de la paga; que si se preferia un préstamo al subsidio, él se comprometia á pagarlo dentro de pocos años; que por cada millon que se le anticipara daria mil hombres de tropas francesas; que si ademas se queria pagar á estas, alimentarlas con auxilio de almacenes, emplearlas sobre todo en expulsar á los ingleses, y tranquilizar á los españoles en punto á la conservacion de las provincias del Ebro, se veria como se formaba en Madrid y sus contornos una region de calma y apaciguamiento, que iria cundiendo de la capital á las provincias, y que antes de mucho, sumisa España, restituiria á Francia sus ejércitos y tesoros, y soportaria segunda vez la política de Luis XIV en ventaja de ambas naciones; que, por el contrario, si se persistia en el actual sistema, España seria el sepulcro de los ejércitos de Napoleon, la confusion de su poli-

tica, quizá hasta el término de su grandeza, y la ruina de su familia.

Todas estas alegaciones eran verdaderas, salvo algunos errores, que debian servir de pretexto á Napoleon para negarse á las solicitudes mejor fundadas. Lo que acontecia en Aragon y alrededor de Madrid suministraba la prueba de que se habia llegado á un momento favorable para sojuzgar á la España agotada, pues expulsados los ingleses, debia perder toda esperanza, y unida la fatiga á este desengaño, al restablecimiento de la disciplina y á la supresion de sus devastaciones, no parecia ilusorio creer que los españoles depusieran al fin las armas. Tambien lo que se veia en Madrid autorizaba á suponer que con algunos millones se podia crear una administracion con personal adicto al nuevo orden de cosas, y un ejército español y bueno para el orden interior. Sin mover á Napoleon de su puesto, lo cual era difícil, se podia suplir su presencia con un gefe de estado mayor inteligente y firme, tal como el general Suchet por ejemplo: dando á este una autoridad absoluta sobre los demas generales, tropas en número suficiente y dinero, cabia que conquistara á Cadiz y pacificara la España, al modo que logró muy en breve conquistar á Tarragona y pacificar á Valencia; que dejando fuera de su direccion una operacion sola, la de expulsar á los ingleses, se le confiase á Massena, proporcionándole un ejército de cien mil hombres y medios de transporte bastantes, y no hay duda que el prudente Suchet y el enérgico Massena se hubieran entendido, y que, reunido el genio de ambos, se terminara la cruel guerra que, mal dirigida, iba á ser el abismo donde se hundieran muy